

SÓLO HODÁ
PARA RAC
DESPUÉS

FILOSOFÍA PARA DESPUÉS

Pedro Martín Lago
María Martín Gómez

tecnos

PEDRO MARTÍN LAGO
MARÍA MARTÍN GÓMEZ

FILOSOFÍA PARA DES- PUÉS

Índice

Prólogo

Capítulo 1. Los orígenes del pensamiento filosófico

Capítulo 2. Sócrates y Platón

Capítulo 3. Aristóteles

Capítulo 4. Filosofía y religión. Agustín de Hipona

Capítulo 5. Tomás de Aquino y la filosofía escolástica

Capítulo 6. El Renacimiento y la revolución científica

Capítulo 7. El racionalismo continental: Descartes

Capítulo 8. La filosofía empirista: de Locke a Hume

Capítulo 9. La ilustración. El idealismo trascendental: Kant

Capítulo 10. La filosofía marxista. Carlos Marx

Capítulo 11. La crisis de la razón ilustrada: Nietzsche

Capítulo 12. La filosofía analítica y sus principales representantes

Capítulo 13. Otras corrientes filosóficas del siglo XX

Capítulo 14. La filosofía española

Bibliografía

Créditos

PRÓLOGO

En un instituto de enseñanza media había un alumno al que los compañeros llamaban *Después*. Todo lo dejaba para después. Sus propios padres decían que «nuestro hijo es de esos que lo deja todo para después». Por esta razón consultaron con el orientador del centro, quien nos inquietó a todos al formular un diagnóstico horrendo reservado para describir este tipo de conductas: *procrastinador*. La procrastinación vendría a ser, explicó el psicopedagogo, un trastorno del comportamiento consistente en postergar de forma sistemática aquellas tareas que debemos hacer de inmediato: dejarlas para *después*.

No está mal como apodo. *Después* es un adverbio de tiempo ambivalente que expresa doble relación de futuro (más tarde) o de inmediatez (a continuación). Creemos, además, que, sin caer en ningún esencialismo sobre el alma y la psicología de los pueblos, a este país nuestro le viene muy bien el título de país del día después, o para ser más claros con el lector, país donde se dejan las cosas para después. («Lo hacemos ahora y lo firmamos después», «Decídete ahora, después será tarde», «La píldora del día después», etc.).

Este es entonces un libro de *filosofía para después*. Significa que pretende ir a lo inmediato —«a las cosas mismas», dirá Husserl— y, a continuación, reflexionar. Algo diferente de lo que creía Pascal, que distinguía entre las cuestiones serias, esenciales, que exigían toda nuestra atención y energía, y las futilidades, que vendrían después y nos distraen de lo esencial. No siempre es así, desde luego. Creemos que hay cosas esenciales, pero no que exista lo esencial. Y en todo caso no creemos que exista fuera de lo circunstancial y humano. O sea, que desde este lado la rela-

ción de la filosofía, que desde siempre se ocupó de esencias, con lo humano, es bastante evidente.

En esas estamos. En la Historia de la Filosofía es imprescindible, además de conocer los hechos, reflexionar sobre lo que ha significado históricamente la filosofía dentro de la empresa cultural humana —lo que pasó *después*—. Es necesario por tanto, para todos aquellos que hemos pasado por ella, y también para los que se acercan por primera vez, continuar filosofando sobre los asuntos humanos. Porque *nada de lo humano nos resulta ajeno*. Pensemos por ejemplo en el viejo imperativo planteado por Sócrates: «Conócete a ti mismo». ¿Qué podemos decir? ¿Acaso esta exigencia de conocimiento no se plantea en la actualidad? ¿La dejaron ya resuelta de una vez por todas los filósofos? ¿O se trata de un problema no estrictamente filosófico? Y si no corresponde a la filosofía, ¿a quién corresponde?

Filosofía para después. Para aplicarla en la vida diaria después de haberla estudiado en el instituto. Para arrojar la escalera después de haber subido por ella. Para después de una adversidad. Para el gran después... Como le sucedió a Alicia, la esposa del escritor portugués Mario de Sacramento. Cuando le comunicaron la muerte de su marido, Alicia de Sacramento, a pesar del *alzheimer* que padecía, en un momento dado pareció recuperar la lucidez y solicitó: «Vístanme muy elegante porque sé que esta noche él vendrá a buscarme y nos iremos juntos hacia el gran después». Y en efecto, esa misma noche, Alicia también se fue. En nuestro pueblo, Morales del Vino, el señor Aniceto tuvo una revelación parecida. Con sus noventa y tantos años vivía solo y le gustaba el morapio. Una tarde se encontraba en su casa cenando, probablemente *pescado* —en el pueblo nunca se dice *pescado*— cuando se encontró mal. Entonces mandó que le trajeran un vaso de vino y advirtió: «Me parece que esto se acaba, así que traedme una pinta para lo que venga después». Y murió sin haber podido probar el tintorro.

Son historias de aquí y de allá, porque este es un libro también de historias. O de historia (de la filosofía). Se trata de una historia de la filosofía que en ocasiones hace saltar por los aires el lenguaje abstracto de la filosofía académica. Que nos perdone entonces la Academia, pero un libro de filosofía ha de estar escrito de tal manera que cualquier persona, con un cierto nivel educativo, pueda entenderlo. En esto consiste, creemos, la claridad del filósofo de la que hablaba Ortega. Naturalmente, se trata de un manual estructurado según el decreto ministerial. De ahí que se informe, como no podía ser de otro modo, de todos los contenidos —temas— y autores que se señalan en el programa oficial. Están, por tanto, los «grandes» de la filosofía: Sócrates, Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Hume, Kant, Marx y Sartre o Heidegger. Pero también están los otros: los Siete Sabios, Abelardo y Eloísa, Pascal y Spinoza, Schopenhauer, Kierkegaard y Fernando Pessoa. Están asimismo el primo Felipín, Rafa y su hijo *Falito*, Carlos Gamazo, nuestro vecino de comunidad, y otros convecinos, familiares y amigos, pues estamos convencidos de que al alumno hay que darle más opiniones que definiciones, y estos *otros* personajes, corrientes y molientes, las tienen en grado sumo.

Tenemos, pues, un libro de pensamiento que se asienta, junto a los filósofos de siempre, sobre personas normales que se incorporan a la filosofía. Nada en ellos es cierto o falso. Si existió, es cierto; si no existió, pudiera ser. Para el paladar filosófico refinado tal vez resulten irreverentes, pero la filosofía en nuestro tiempo debe asomarse a este otro lado de la vida y hacer sentir su valor en los dominios en los que ella misma se reclama: amor a la sabiduría.

Hacía falta un libro así: un libro de filosofía impura salpicado de referencias populares, literarias y aun periodísticas. No erudito. Los eruditos están demasiado informados o están demasiado ocupados para escribir cosas como éstas. Nosotros no tenemos excesivos reparos. Llevamos mucho

tiempo dialogando. Porque siempre nos gustó el diálogo: con los alumnos, con los amigos, con los paisanos y con aquellos que no tenían ninguna gana de dialogar. Se llega así a la preparación de este libro en el que no hemos abierto nada. No hemos descubierto a nadie. No pretendemos tampoco añadir nuevos enfoques a la historia del pensamiento. Todo lo que aquí se cuenta ha sido contado ya. Tan sólo esperamos haberlo hecho de otra manera. De una manera más sencilla y cordial. Más desenfadada.

Cuando comenzamos hace algún tiempo esta travesía no sabíamos dónde pararíamos. Después de todo, es muy probable que ni siquiera se trate de un verdadero libro de filosofía. Lo hemos escrito partiendo de nuestra condición de *filosofoi*, es decir, de viejo aficionado a la historia de la filosofía y desde la posición —más joven— de la especialista universitaria. En todo caso, el filósofo es siempre un *Anfänger*, un principiante, como le gusta decir a María. Por esta razón, al escribir estas páginas, nos hemos dirigido también al joven estudiante que fuimos y al que tanto hemos deseado explicar lo que entonces no nos explicaron o no comprendimos del todo y hubiera sido muy importante que lo comprendiéramos.

En cualquier caso nunca es tarde si la dicha es buena. Y para nosotros ha sido una dicha. O una felicidad, como se dice ahora. Una vez le preguntaron al pintor Henri Matisse si era feliz. Él respondió: «Cuando estoy trabajando, sí». Pues algo así. Digamos entonces que este libro ha supuesto un montón de trabajo añadido para sus autores al tener que *capitular* mutuamente. Por eso no hemos querido sobrecargar el libro con notas y citas. Quienes quieran conocer los textos y contextos de la historia de la filosofía disponen de una breve bibliografía al final. Quienes no obstante deseen conocer nuestras fuentes les animamos a que vengán y consulten con nosotros. Sería una buena ocasión para practicar la filosofía por otros medios.

LOS AUTORES

CAPÍTULO 1

LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO

El primer filosofar europeo tuvo lugar en Grecia, en las costas jónicas del mar Egeo, por los inicios del siglo VI a. C. Al menos esto es lo que nos han enseñado los clasicistas románticos. Ellos (Hegel y Nietzsche) han querido explicar el origen de la filosofía recurriendo a la genialidad de los griegos. Según estos filósofos alemanes, o más propiamente, según nos explicaron nuestros profesores de filosofía, que a su vez se lo habrían explicado a ellos sus profesores, los griegos estarían especialmente dotados para todas aquellas tareas que tienen que ver con la vida del espíritu (*Leben des Geistes*): el interés por la verdad, el amor al diálogo, las artes, el conocimiento, la belleza, la inteligencia y cosas así.

Cuesta creerlo. Sobre todo después de la dictadura de los coroneles y el atolladero de su actual crisis. Pero algunos entendidos (Burnet) siguen manteniéndola. Es la llamada tesis del «milagro griego». Esta interpretación prescinde de los elementos históricos y socioculturales, por lo que termina cayendo en un círculo vicioso: los griegos crean la filosofía porque son geniales, y son geniales porque crean la filosofía. Por eso, si queremos comprender los logros de la Hélade, habrá que tener en cuenta la influencia de otras culturas más antiguas provenientes de lo que cómodamente se designa con la expresión de Próximo Oriente.

La cuestión se plantea porque en torno a este tiempo (recordemos: seis siglos antes de Cristo) se producen en distintos y aun distantes escenarios geográficos una serie

de acontecimientos —¿revolucionarios?— en el pensamiento de la Humanidad. El filósofo y psiquiatra Karl Jaspers ha elaborado a este respecto la noción de *Tiempo-Eje* para explicar ciertas condiciones socio-culturales que hicieron posible la aparición de grandes maestros de la sabiduría en la Antigüedad (Buda Gautama, Lao-Tse, Confucio, Zoroastro, Isaías) y la irrupción de sus doctrinas (budismo, taoísmo, confucianismo...), muy importantes desde el punto de vista de la espiritualidad, pues van a mantener amplia vigencia a lo largo de los siglos y porque además coinciden en su origen con la aparición de la filosofía en Grecia.

El desarrollo de estas culturas avanzadas se da entre los paralelos 40 y 20, comenzando en el extremo oriental de Asia y continuando hasta el corazón de Europa: China, India, Persia, Babilonia, Egipto, Grecia, Roma, etc. Durante los milenios en los que estas culturas o civilizaciones van apareciendo se producen ciertos intercambios entre ellas y hasta pudiera darse algunas posibilidades de influencia. Seguro, pero con reservas. Si bien es cierto que algunos filósofos griegos viajaron a Oriente y a Egipto para aprender determinadas técnicas y conocimientos de aquellos pueblos lejanos, no parece plausible mantener que también tomaran los fundamentos filosóficos de ellos, pues toda la sabiduría oriental estaba encaminada a lo religioso. Esto es históricamente lo decisivo: mientras en Grecia se produjo el paso de un saber mítico-religioso hacia un saber estrictamente científico y racional, en estas culturas orientales el tránsito no se produjo. Además, los griegos —y tal vez sea esto lo más determinante— expurgaron de elementos míticos y religiosos todo un material mostrenco encontrado en estas tradiciones originarias de un modo confuso, sin organizar ni sistematizar. Por eso nunca se insistirá bastante en el profundo significado de este paso del *mythos* al *logos*, es decir, el salto de las explicaciones tradicionales e imaginativas (irracionales) a las explicaciones lógicas y racionales. Los griegos fueron los protagonistas de este paso. Y esto

mismo los distingue como los primeros pensadores de Europa.

Claro que al principio no hubo filósofos (tampoco filósofas, por más que le pese a la coautora de este libro). Los primeros pensadores eran más bien rapsodas y poetas. Homero y Hesíodo, por supuesto, y todos los otros vates que pisaron por primera vez el territorio de las ideas, incluyendo entre ellos a los Sabios.

¿Sabios? En Grecia existían los Sabios (*Sophoi*), una suerte de eruditos que vivieron entre los siglos VII y VI a. C., y destacaron en la ciencia, la filosofía y la política. La leyenda dice que eran siete (Plutarco compondría un *Ágape para siete sabios*), pero te pones a contar y salen veintitantos. Depende del historiador. Además, había siempre entre los cronistas antiguos quien aprovechaba la ocasión del recuento para incluir algún amigo, normalmente un político famoso. (Es como si nosotros ahora, teniendo que elaborar una lista de sabios, metiéramos en ella, por adulación, al ministro de educación).

Eran estos Sabios hombres famosos por su (buen) juicio y prudencia —eran conocidos también como «los siete sensatos»— y por eso lucieron como gobernantes bienhechores. No eran guerreros o jefes militares al uso, sino gentes de paz y de diálogo. De algún modo, estos personajes reputados contrastan con los héroes de antaño retratados en los poemas homéricos. En un momento de transición, las aristocracias locales se encuentran muy apuradas por la crisis social y económica (más o menos como en la actualidad), y sobreviene un nuevo orden —los historiadores dicen «paradigma»— en el que se apuesta sobre todo por la razón y la inteligencia como medios para entender lo que está sucediendo (más o menos como en la actualidad debería apostarse). El triunfo no se logra ya por la fuerza de las armas sino por la fuerza moral del saber. En esta situación los Sabios se ofrecen como modelos de compromiso y responsabilidad.

¿De dónde procede esta tradición de los Siete Sabios? Parece que de los chamanes del norte de Asia. En los albores de la historia intelectual de Grecia se entrevé toda una serie de personalidades extrañas, figuras legendarias pertenecientes a la clase de los videntes extáticos y de los magos purificadores que encarnan el modelo más antiguo de *sabio*. Los Sabios irrumpen como individuos *ins-pirados* por las *musai* y por eso conocen las verdades que les están veladas o vetadas a los demás.

La tradición de los Siete Sabios se mantuvo a lo largo de los siglos. A los Sabios se les atribuyen una serie de máximas filosóficas que resumen en buena parte el pensamiento de la Antigüedad. Era tan asombroso lo que sucedía con ellos que alguno, como parece que le ocurrió a Tales, preanuncia ya el tipo de sabio despistado. Según cuenta el historiador Diógenes Laercio, Tales se cayó a un pozo mientras paseaba contemplando las estrellas. Una guapa sirvienta oyó los gritos del filósofo y le ayudó a salir del apuro. Bromeando —otros autores dicen que «mofándose»— la mujer zahirió al maestro, pues no entendía cómo podía ser capaz de estudiar las estrellas y mostrarse incapaz de ver lo que tenía delante de sus narices. Fue el ataque del sentido común (la criadita) contra el hombre cultivado (el sabio), a quien supuestamente su mayor conocimiento de las cosas debería haber impedido tropezar. Así lo expresará Hegel, en un famoso comentario que usted siempre lo había atribuido a Napoleón, pero que resultó ser una cavilación del ilustre filósofo: «Nadie es un sabio para su ayudante de cámara», se lamentaba el pensador alemán. Y precisaba: «No porque el sabio no sea un sabio, sino porque el ayudante de cámara es un ayudante de cámara».

Fue también Tales quien se vio envuelto en aquel simpático episodio del trípode de oro que encontraron en el mar unos jóvenes pescadores de Mileto. El hallazgo produjo fuerte controversia entre los milesios. ¿Y ahora qué hacemos?, se preguntaban unos a otros. Por fin consultaron al

oráculo de Delfos. «Dádselo a quien fuere el primero de los sabios», contestó la deidad. Entonces decidieron dárselo a Tales, por sabio y por filósofo; pero Tales lo rechazó y se lo dieron a otro sabio; y éste a otro, que a su vez lo pasó a otro, hasta que la ronda paró en Solón, el cual sostuvo que «dios era el primer sabio» y acabaron, por su indicación, reenviando el trípode al templo de Delfos.

La historia del trípode corrió de una ciudad a otra, hasta el punto de que debió producirse algo parecido a lo que ocurre hoy ante un cambio de gobierno, que son muchos los que dicen haber declinado el ofrecimiento de una cartera ministerial o de una consejería. Bías, Cleóbulo y Quilón presumieron de haber rechazado el *aurea mensa* (Valerio Máximo lo llamó así). También Misón y Pítaco. Todos estos nombres aparecen en las relaciones de Sabios. De todos, el más simpático, para nosotros, fue este último, Pítaco. Por lo que de él sabemos, no sólo fue sabio sino un genial estratega que libró a los suyos de muchas dificultades. Para agradecerle todo lo que había hecho por la patria sus conciudadanos le regalaron un vasto territorio bautizado para la ocasión con su nombre: *Pitacia*. Pítaco no quiso aprovecharse de la generosidad de sus compatriotas y aceptó únicamente un pequeño terreno que consideró suficiente para cubrir sus propias necesidades. Se justificó diciendo que para él la parte era más grande que el todo, con lo que debió machacar uno de los axiomas de la geometría.

Pítaco, que vivió entre el 640 y el 568 a. C., era natural de Mitilene, ciudad en la que gobernó junto con el tirano Mirsilo, intentando restringir el poder de la nobleza. Luchó también contra la embriaguez (en la zona abundaba el etílico elemento y el poeta Alceo encontraba siempre razones para la bebida: el calor, el frío, la depresión, etc.), de modo que impuso pena doblada para aquel que se emborrachara. Comprendía no obstante que «era cosa difícil ser bueno», por lo que absolvía al culposo declarando que «el perdón era mejor que el arrepentimiento». De él se cuenta

que en cierta ocasión impartió una conferencia a un grupo de ilustrados y, al acabar, dirigiéndose al público, dijo que le podían hacer las preguntas que quisieran. Uno de los asistentes, levantando la mano, declaró: «No he entendido su demostración». A lo que Pítaco le contestó que eso no era ninguna pregunta. Concretamente dijo: «Eso no es ninguna pregunta».

Estos sabios griegos eran un poco secos y desabridos, pero en ocasiones daban consejos animosos. «La mayoría de la gente es otra gente». «La mujer y el buey, de la tierra de su rey». «Detesta a tu vecino». «De nada, demasiado». «Vive escondido». «El que no sabe callar lo que tiene, no sabe hablar de lo que debe». «No trates de cagar más alto de tu trasero». (Esto último debió decirlo Bías). Para ellos no era denigrante prodigar consejos personales o impúdicos en las circunstancias más adversas. «Se debe sembrar incluso luego de una mala cosecha», aunque enseguida advierten de la inutilidad del sembrado en terreno baldío, cuando topamos con un rudo ignorante. Con ocasión de la muerte de un amigo, uno de estos sabios quiso reconfortar a la viuda. «No te preocupes mujer: entre la vida y la muerte no hay diferencia alguna», puntualizó. Mas no debió calcular la oportunidad del comentario, porque seguidamente la mujer arguyó: «Entonces, ¿por qué no te mueres tú?»; a lo que el sabio respondió diciendo: «Porque no hay diferencia».

Otras muchas sentencias se cuentan de estos grandes de la Antigüedad. Tal vez la más famosa sea aquella referida a la dificultad. Preguntado qué sea lo más difícil, respondió uno de estos sabios: «Conocerse a sí mismo». La máxima pasará a componer uno de los grandes principios de filosofía práctica comúnmente admitida entre los occidentales:

¡Búscate, pues, a ti mismo! —escribirá Miguel de Unamuno en *Del sentimiento trágico de la vida*—. Pero al encon-

trarse, ¿no ves que se encuentra uno con su propia nada? «Habiéndose hecho el hombre pecador buscándose a sí mismo, se ha hecho desgraciado al encontrarse», dijo Bossuet. «¡Búscate a ti mismo!», empieza por «¡Conócete a ti mismo!», a lo que replica Carlyle: «El último evangelio de este mundo es: ¡conócete tu obra y cúmplela! ¡Conócete a ti mismo...!» No creas que es tu tarea la de conocerte, eres un individuo inconocible, conoce lo que puedes hacer y hazlo como un Hércules.

En todo caso, este saber, cada vez más abstracto y crítico, se va construyendo con las aportaciones de los pensadores posteriores. Es la filosofía. El saber de los filósofos. ¿A quién se le ocurrió hablar por primera vez de filósofos? Parece que fue a Pitágoras (otro Sabio). Según Diógenes Laercio, Cleonte, un rey filiasio un poco curiosón, preguntó a Pitágoras si se consideraba él mismo sabio, a lo que Pitágoras, con modestia falsa o real, le contestó que él tan sólo era un *filos* (aficionado) a la *sophía* (sabiduría). De este modo se dio nombre a esta actividad que llamamos filosofía. Esta conceptualización del saber supuso un importante cambio temático y de actitud. Desde el momento en que las admoniciones de los Sabios dejaron de respetarse y sus máximas y proverbios se sustituyeron por las reflexiones de los *aficionados*, ahí mismo podemos situar el comienzo de la filosofía. Cuando Aristóteles en su *Metafísica* escribe que «todos los hombres tienden al saber», está poniendo en clave de razón lo que el filósofo intenta conseguir desde el principio. La filosofía va a usar la razón o el *logos*, rompiendo así el encantamiento mítico. Por eso se ha convertido en un lugar común afirmar la filosofía como opuesta al pensar mítico.

No vamos a perdernos ahora en este camino tantas veces transitado. Sólo diremos que estos primeros filósofos, llamados también presocráticos, entendieron que en el caos aparente de los acontecimientos tenía que ocultarse un orden subyacente que permaneciese y soportase el proceso de todo cambio o movimiento. La filosofía griega su-